

EL MES DIPLOMATICO: REUNIONES INTERNACIONALES EN GINEBRA

Los meses de julio y agosto han transcurrido bajo la constelación de las conferencias internacionales. El 18 de julio, los Cuatro Grandes se reunían en Ginebra. Apenas habían partido de la ciudad helvética, y ya el primero de agosto se abría, en el Palacio de las Naciones, la discusión bilateral entre diplomáticos norteamericanos y comunistas chinos. Por último, el 8 de agosto se celebra una reunión de hombres de ciencia atómica del mundo entero entre los muros de la ciudad del lago Lemán, para estudiar en común la utilización pacífica de la energía nuclear.

No cabe, pues, la menor duda de que la *saison* ha sido rica en conversaciones, en debates. En sí, éste es un signo favorable. Por poco que se realice, es improbable que surja un ataque a bombazos. Es más, es necesario que estas reuniones no se realicen simplemente por el placer de conversar, sino tendiendo, efectivamente, hacia soluciones tangibles. De no ser así, serían perjudiciales.

Porque esta riada de conferencias tiene un peligro para Occidente, que con excesiva frecuencia se subestima. Quiérase o no, la filosofía política del país influye sobre su diplomacia. Es la que origina la gran debilidad de los servicios exteriores de los países democráticos. En efecto, en las democracias la palabra es de importancia predominante y ha de crear al elector soberano. Incluso la palabra ocupa más del 90 por 100 del tiempo de los Parlamentos. Porque si se suman las interminables horas de los discursos y se las compara con los minutos durante los cuales los Parlamentos votan—la acción—, la desproporción será asombrosa.

Así, pues, las democracias están tentadas siempre a conceder a las palabras más importancia que a las acciones. Una frase amical, una sonrisa bien emplazada, cualquier gesto simbólico..., les hace creer que han obtenido algo en concreto.

Hace no mucho que hemos asistido a un ejemplo sorprendente que nos ha sido recordado muy oportunamente en ocasión de la muerte, próxima aún, de Cordell Hull, ex secretario de Estado de Roosevelt. Durante la guerra, Hull había entablado ciertas negociaciones con la U. R. S. S., especialmente la Conferencia de Moscú. Si revisamos hoy en día sus memorias—que no son, desde luego, otra cosa que una patética apología de su falibilidad—, veremos cómo Norteamérica hizo a la U. R. S. S. concesiones concretas a

cambio de tratados futuros o de promesas verbales. Se cambiaron realidades por palabras y se creía haber alcanzado un éxito.

Igualmente se explica esta extraordinaria insistencia de Occidente bajo la atmósfera amistosa que reinó en Ginebra. El hecho de que Bulganin haya sonreído a Eisenhower, en lugar de presentar un semblante ceñudo, es considerado como un gran triunfo. En este caso, la deformación profesional parlamentaria es la causa principal de este espíritu optimista. Porque en un Parlamento de hombres libres el clima tiene una importancia capital, con vistas al voto subsiguiente.

Muy otra es la actitud soviética. En Rusia, los dirigentes no tienen que trabajarse la popularidad. Su acceso al poder no está supeditado al favor de las gentes, sino por la liquidación de sus predecesores o por la benevolencia de la organización oficial, la cual está rigurosamente controlada por algunos personajes. La intriga y la violencia son, pues, los dos factores esenciales de la vida política.

De ello se desprende, ante todo, que el dirigente soviético, sea el que fuere, siente un desdén soberano por la palabra. En un país donde una frase imprudente puede significar muerte o deportación, se respeta el silencio. Si se habla, es para ocultar el pensamiento. Además, basta con releer a Lenin para convencerse del hecho de que la doctrina comunista obliga a sus adeptos a la mentira y a la falsa promesa si una u otra pueden conducir a un triunfo de la causa comunista.

Por todo ello, el clima sólo tiene poca importancia para el hombre político soviético. Como éste jamás tiene necesidad de influir sobre una asamblea independiente para obtener un resultado, no conoce la necesidad de un ambiente favorable, tan querido a los corazones de los demócratas. Para él, el clima no es sino un factor secundario de la intriga.

Tal es la explicación de lo que los observadores llaman "cruel realismo" soviético. Para el dirigente ruso o chino, sólo cuenta la realidad. No les interesan ni los gestos simbólicos ni las promesas ni las palabras. Porque quienquiera que lo hiciese en la U. R. S. S., no duraría más allá de unos pocos días.

Esta diferencia fundamental ha proporcionado al Kremlin gran número de triunfos diplomáticos durante la última década. De nuevo se nos presenta el peligro, que puede ser grave si no nos ponemos en guardia.

* * *

La reunión de los Cuatro Grandes en Ginebra ha sido la primera en el tiempo de las grandes conferencias y la que por mucho tiempo habrá establecido un *record* de publicidad y de gastos. En la ciudad de Calvino se reunieron 1.600 periodistas y reporteros. Las radios de todo el mundo hablaron de ella en todas sus emisiones de noticias. Los Cuatro Grandes se reunieron en una atmósfera de lujo y de derroche, sin precedentes en la historia moderna. Mucho se ha hablado de los bailes del Congreso de Viena. Sin embargo, se ha calculado que los seis días de Ginebra han costado por sí solos más que todas las conferencias de la Santa Alianza, las cuales mantuvieron la paz de Europa durante dos generaciones.

No es, por tanto, sorprendente que fuera preciso a cualquier precio anunciar el éxito de la Conferencia, como así se ha hecho. Utilizando los recursos casi ilimitados de la publicidad mundial, se nos ha contado que la reunión ha sido un auténtico triunfo. Pero se guarda muy bien de precisar exactamente en qué consiste este triunfo. Porque, hoy en día, cualquiera que se permita dudar de la tesis oficial es sospechoso de belicismo. Desde luego, no es sorprendente que las masas, que con justicia desean la paz, no quieran escuchar a quienes osan contradecir la verdad gubernamental, tan placentera.

Ahora que las pasiones se han calmado un tanto, vale la pena considerar brevemente lo que podemos deducir de esta reunión entre los jefes del Este y del Oeste.

No queremos poner en duda la realidad de la atmósfera de amistad entre los negociadores. La bondad de Bulganin, en quien la barbita y la panza recordaban a los norteamericanos a un presidente de Banca en vivo retrato, ha actuado de forma sosegadora y calmante. No cabe imaginar que el buen hombre que repartía sonrisas y sombrerazos pudiera ocultar malas intenciones. Sólo un espíritu amargado tendría el mal gusto de recordar que incluso Stalin, en su tiempo, pudo encantar a los occidentales. Convenía olvidar la descripción afectuosa que hizo Roosevelt de su querido compadre José Stalin o del *dear old Joe*, de que habló Truman y de la declaración ditirámica del embajador norteamericano, Joseph E. Davies, quien afirmó, con la mayor seriedad del mundo, que tenía tanta fe en las palabras de Stalin como en las de las Sagradas Escrituras.

Pero junto a esta atmósfera amistosa, hasta el observador mejor dispuesto no podría encontrar un éxito tan grandioso. Porque, en la práctica, no se adoptaron acuerdos sobre nada, salvo sobre las con-

ferencias ulteriores para las cuales, en principio, se han tomado ya posiciones que parecen difíciles de conciliar. Porque sobre la unidad alemana los puntos de vista soviéticos y occidentales son muy divergentes. En cuanto a la cuestión del desarme y de la seguridad, haría falta en verdad ser muy optimista para aguardar una conciliación entre el fuego y el agua.

Esta falta de éxitos concretos se debe, ante todo, al hecho de que la Conferencia de los Cuatro Grandes haya sido convocada con una prisa sin justificación. Si, incontestablemente, la U. R. S. S. hace concesiones, es debido a dos razones. En primer término, existe una crisis de Gobierno en la U. R. S. S., iniciada con la muerte de Stalin. Seguidamente, el hecho de que, tras la ratificación de los Acuerdos de París y la firma de la Alianza turcoiraquiiana, Rusia creyó que la carrera de armamentos no se volvería tan rápidamente en contra suya. Estos dos factores han ejercido una creciente presión sobre la política soviética desde marzo de 1953, presión que sigue en aumento. Los más calificados observadores diplomáticos están de acuerdo en afirmar que la U. R. S. S. hubiera estado en una posición más débil a fines del presente año que en el último julio. Por tanto, había que obtener concesiones. Pero se ha hablado precipitadamente, mientras que los jugadores de póquer que representaban al Kremlin aprovechaban admirablemente las intenciones de la política interior de sus interlocutores y explotaban con habilidad su deseo de mantener al menos la impresión de haber obtenido un acuerdo.

Otro error ha consistido en convocar a los Jefes de Estado antes de haber preparado y desbrozado el terreno. En la práctica diplomática se sabe que la reunión de Jefes es una conclusión, no la apertura de las negociaciones. No obstante, se ha ensayado construir una casa comenzando por el techo y se ha colocado la carreta delante de los bueyes. Sin programas bien fijados, la discusión tenía necesariamente que perderse en los meandros de las pláticas y en la repetición fatigante de viejos argumentos. Además, como todo se realizó bajo la más desmedida publicidad, los interlocutores, en su mayor número, no se dirigían los unos a los otros, sino que pronunciaban discursos electorales destinados a su propia opinión pública.

Desde luego, esta situación no se había provocado para desagradar a los delegados soviéticos. Estos escapaban, de forma elegante, a la necesidad de adoptar una posición sobre cuestiones prácticas, manteniendo siempre una atmósfera de buen humor. Vale la pena señalar a este respecto que la única vez que durante la Conferencia

fué lanzada una propuesta práctica en los debates—el plan de inspección atómica del Presidente Eisenhower—, los soviéticos se mostraron desconcertados y acabaron refugiándose en el laberinto de los procedimientos con la intención de escapar al peligro gravísimo que amenazaba su estrategia diplomática.

Los Cuatro Grandes no han dado, pues, al mundo un solo resultado concreto. Por fortuna, no hay motivos para creer en catástrofes. Los protagonistas salieron tal y como habían llegado, abandonando por completo la esperanza de que quizá, en octubre, los ministros de Asuntos Exteriores lograrán algo mejor que lo conseguido por sus Jefes el pasado julio.

* * *

La Conferencia Sino-Americana, por el contrario, fué de naturaleza más práctica. No hay duda de que la reunión se ha debido principalmente a la suerte de los norteamericanos retenidos en China y de los comunistas chinos que deseaban regresar a su tierra. Lo que no da lugar a dudas es el hecho de que el diálogo entre U. Alexis Johnson y Wang Ping Nan ha dado ocasión a evocar el auténtico problema: el problema de Formosa.

Esta significación de la Conferencia ha sido fuertemente subrayada por la presencia, durante los dos primeros días, de Krishna Menon, embajador extraordinario de la India. Menon, visitante reciente de Peiping y que pasó de Ginebra a Wáshington, pasando antes por Nueva Delhi, es un personaje demasiado importante para ocuparse de cuestiones secundarias. Es conocido, además, como adversario encarnizado del Generalísimo Chiang Kai Shek y como ardiente defensor de la causa de los comunistas chinos.

Es seguro que la cuestión de las islas limítrofes, en posesión de los nacionalistas—Matsu y Quemoy—, dará que hablar. Se trata de un grave problema, ya que Peiping insiste enérgicamente en una solución para un futuro próximo. Por desgracia, una propaganda insidiosa a inducido a parte de la opinión pública occidental a pedir una política de capitulación, al insistir sobre la importancia secundaria de estas islas y sobre el hecho de que abandonar Matsu y Quemoy no significaría la pérdida de Formosa.

Aquí, precisamente, radica el equívoco de las negociaciones. Está claro a todo observador atento que, si Mao Tse Tung habla de islas limítrofes, piensa en realidad en Formosa. En efecto, estas islas son para los nacionalistas la última línea efectiva que les vincula a la madre patria. Los soldados de Chiang se han retirado a

Formosa con la esperanza de retornar algún día a ella. Pero si esta perspectiva se les cierra, la moral de las fuerzas nacionalistas se afectará profundamente. La isla principal se convertirá, asimismo, en un objetivo más fácil de atacar y mucho más difícil de defender.

Este peligro tan real, pero que muy pocas personas lo comprenden, es tan significativo que la caída de Formosa tendría efectos considerables en todo el Sudeste asiático. En este caso, las posiciones del mundo libre serían seriamente afectadas por las elecciones vietnamitas del próximo año. Pero si una catástrofe del lado de los nacionalistas chinos se une a esta evolución, las consecuencias asiáticas serían, sencillamente, incalculables. Las repercusiones se dejarían sentir en Jakarta tanto como en Singapur y en Rangoon.

* * *

Para terminar, dos palabras acerca de la Conferencia Atómica. Aunque esta reunión es ante todo científica y no primariamente política, sus alcances tienen importancia mundial. La utilización pacífica de la energía nuclear revolucionará nuestra vida incluso para los que hoy viven de esta generación. Porque afecta a todos nosotros. No cabe sino felicitarse por el hecho de que por fin los expertos de todo el mundo se hayan reunido para discutir las modalidades y las perspectivas de esta utilización. He aquí un punto positivo en el presente balance.

Pero tampoco olvidemos que, pese a tan bellas perspectivas, sería un error mortal olvidar que el átomo es hoy en día un arma que tiene el poder de destruir la Humanidad entera. Los planes pacíficos no alcanzarán, por tanto, éxitos verdaderos hasta tanto se cree un sistema internacional que impida efectivamente la utilización de las bombas nucleares.

En este sentido, las perspectivas son, por desgracia, poco alentadoras. Durante la Conferencia de Ginebra, el Presidente Eisenhower había presentado un plan de control atómico, práctico y aceptable. La inspección aérea, sugerida por el presidente norteamericano, tenía la ventaja de la rapidez, de la ubicuidad y de la absoluta justicia. Si este plan hubiera sido aceptado, los peligros de una bomba atómica habrían quedado casi descartados por completo.

El rechazo en la práctica, si no de palabra, del Plan Eisenhower por los jefes soviéticos, es bien significativo. Manifiestamente, la Unión Soviética se resiste a abandonar la guerra como instrumento

político. Esta situación—si no se olvida que la revolución mundial continúa vigente en el programa ruso—ilumina elocuentemente la serie de afirmaciones pacíficas de los dirigentes del Kremlin.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

NUEVOS POEMAS DE DAMASO ALONSO

La dedicación íntimamente constante de Dámaso Alonso a la poesía parecía haber culminado, tras un proceso entrecortado, pero seguro, en *Hijos de la ira* (1944). Ante la aparición reciente de *Hombre y Dios* sería conveniente, ante todo, examinar la conexión entre ambas obras, contrastando los caracteres esenciales de una y otra. A pesar de las muchas semejanzas que entre ellas existen—cariz de las imágenes, frecuente tono confidencial, libertad de ritmos, etcétera—se echa de ver en seguida una diferencia fundamental, que afecta a la definición misma que el poeta ha hecho de la poesía como un fervor y una claridad. En *Hijos de la ira* prevalecía el fervor sobre la claridad: el fervor, el hervor íntimo de las pasiones, los afectos y la voluntad en lucha y queja con la inteligencia, hacían de ese ideal de la poesía como claridad una meta, pero no un resultado. Por el contrario, *Hombre y Dios* (1), en su título, en su orden, en su contenido preciso, en su forma y en el estado de ánimo que transparente, refleja la victoria de la claridad sobre el fervor. Parece como si, tras el padecimiento de una violenta tempestad interior, padecimiento convertido en activo y vibrante dolor por el poeta, éste hubiese salido a un ámbito radiante de convicciones.

La claridad, en *Hijos de la ira*, no parecía ser el móvil creador ni el estado poético creativo, sino más bien un destello extremo del fervor. De los impresionantes poemas de aquel libro manaba la poesía como la sombra de un fervor oscuro, como lamento o cántico de un alma casi siempre convicta del desorden elemental del mundo, propensa más a palpitar en ese desorden inspirador que a reposarse en un sosiego admirativo. Dámaso Alonso parecía haber apartado de sí, en aquel *diario íntimo*, y seguramente no sin grave

(1) Dámaso Alonso: *Hombre y Dios*. El Arroyo de los Angeles. Málaga, 1955.